

A Pilar Baptista Vizcaíno (*in memoriam*)

No quiero nada para mí.
Sólo anhelo
lo posible imposible:
un mundo sin víctimas.

José Emilio Pacheco, *Alta traición*

Debemos aprender que las luchas fundamentales no se dirimen en el campo
de batalla castrense: se pelean en las mentes, las conciencias y en los
corazones de la gente.

Jorge Riechmann, *Una morada en el aire.*

Han cesado las ráfagas de historia; ha quedado en el aire la andanada de odio y silbido. Eran los primeros días del desenlace, más brutal que necesario, los campos todavía sangraban oro, como rayos heridos de sol. De camino a la capital crucé la tierra acartonada sin cosecha, condenada al barbecho del olvido; pueblos desérticos; la campana de una iglesia restañando con el viento; carteles destripados en los muros; y lentas cunetas, más humanas que escuelas, como ríos de salvación.

Tras doce años en el país vecino, conservando mi lengua y sus razones, conocí las leyes, un castillo en el agua, el tenis sobre hierba, el sueño del cabaret, las damas de porte y la sed. Llegó una carta para volver. Ofrecían trabajo a la primera remesa de repatriación. "Hijo, aquí habrá un error, ¿no lo ves?, esta carta ahora no sirve, ¿y cuántos habéis llegado? Aquí debe de haber un error. No hay más que esperar un momento mejor."

No había más que esperar un momento mejor. Dijeron que mis señas eran buenas como el cobre, y en breve, una vez que el Ministerio reabriera las oficinas ennegrecidas, llegaría a un despacho con mesa propia, perchero y máquina de escribir. Paredes blancas. Me garantizaron que las leyes debían rehacerse y aplicarlas con severidad burócrata antes de dos meses. La situación era delicada. Por ahora debía contentarme, como una bala perdida, en una labor menos forzada. Por ahora quedaba sitio en las dependencias del Servicio Postal, cerca de la pensión y de un inmenso parque en la Plaza del Progreso, por el que he paseado largos domingos de fuga.

El primer día en las dependencias del Servio Postal me recibió agradecido mi superior, el señor Cabalza, un hombre de abultado bigote. Me estrechó las manos con ojos cristalinos. "Venga. Pase por aquí. Por aquí, por aquí. Sepa que sus señas se valoran mucho desde el Ministerio." Prosiguió: "me alegra compartir trabajo con hombres como Usted. De momento estaremos en este lugar seguros. Por aquí no han entrado las detonaciones". Y volvió a sonreír. "Por aquí, por aquí." Atravesamos un luminoso recibidor, de tres alturas y una cúpula en lo alto, del paraíso y el infierno, desconchada. Seguí atento al señor Cabalza y su manera pavonera de caminar, mientras que poco a poco todo se envolvía del murmullo del traqueteo de lejanas máquinas de escribir, de nuestros zapatos cruzando el mármol deslucido, de grapadoras nerviosas y matasellos desvirgando los sobres en cualquier ala perdida del edificio.

Llegamos a un semisótano y busqué un punto de luz: una claraboya que iluminaba sacas y sacas de cartas que ocupaban el piso de la sala, y una silla vieja y desnuda. "Y aquí está su sitio -me miró de reojo, controlando mi reacción, y sonrió-. Aquí hay espacio para una mesa." Volvió a mirarme buscando una respuesta. Mordí insistentemente mis labios para justificar ante sus ojos que los míos brillaran de tristeza y desengaño. "No se apure. Necesitamos a alguien como Usted, y no olvide que en dos meses vendrá al

Ministerio, como el resto de nosotros -y balanceó sus manos en el arco de sus tirantes marrones-. Las cartas que ve en las sacas han perdido su valor. Han sido devueltas de todas las partes del país. Muchos destinatarios abandonaron sus residencias, sin dejar la seguridad de otras señas; otros han fallecido; los más todavía no han regresado de las líneas del frente... Las almacenamos aquí por ahora, y cada día llegan nuevas. Ahora comprenda. Es una situación muy delicada hasta instaurar un orden. Lo que ve Usted aquí contiene confesiones personales, pedidas de auxilio o información vital para conocer la situación de núcleos perdidos de resistencia. Las llamamos cartas muertas porque no hay remitente a quien regresarlas."

Pedí la mesa y un ventilador de aspas; material para abrir, archivar y depositar las cartas; un empleado subalterno que llevara al fuego las que ya revisé; y el permiso para salir a tomar un vaso de limonada en la hora del descanso. Mi cometido no era específico. No sé qué hace un hombre de leyes hurgando entre la privacidad de un semejante. El señor Cabalza me explicó en confidencialidad que desde el Ministerio entendían que mi trabajo no burlaba el derecho de intimidad de los hombres. En cierto modo, los del Ministerio trasladaban órdenes que habían sido dictadas más arriba. Después de todo, en dos meses podía ejercer en mi propio despacho. Algo aprendería. El señor Cabalza me alentó a pensar en un cargo de interés -surcaron sus manos por sus tirantes marrones- cuando abrieran la sede rehabilitada del Ministerio. Comprendía que sería cosa de poco tiempo.

El primer día empleado en el Servicio Postal lo pasé mirando las montañas de cartas, desolado, golpeando con el pie las sacas que a su vez me vomitaban más cartas al suelo, al desconsuelo. Reordenaba la montaña, las escrutaba para entenderlas, las removía. Y cada vez que las tocaban mis manos sentía el calor de una muerte, del fuego de una ausencia, casas abandonadas, ojos lejanos que me miraban desde algún rincón, voces y secretos que llamaban a gritos a sus familias, a sus amigos, a sus compañeros de resistencia, alertándoles, a sus madrastras, a sus amantes.

Me decidí a abrir la primera con un abrecartas que aguantaba el cuño del Ministerio. Forcé el sobre y desplegué un papel cuadriculado con una letra amabilísima, con los trazos bien cargados sobre las sílabas. Era una mujer de algún pueblo de la jefatura Sur que animaba a su hijo a estar tranquilo, porque *todo pronto pasará, te mandan recuerdos Ariadna, Celia, Alberto José. Tu padre está en las faenas. Todas las noches hablamos de ti. Desde que cayó la escuela algunos alumnos vienen a casa por las mañanas. Leemos a Galdós y el Fuenteovejuna por partes. Así les entretengo. Sus madres deben salir a buscar la comida y sus padres están en el frente, quizá alguien contigo. Hijo, si sabes de alguno del pueblo, dínoslo y ayúdales a escribir una carta. La señora de Marquina está cada vez más angustiada (ya la conoces) y empieza a deslucir la juventud de sus ojos. Atentamente. T. V. B. Post data:*

Hace tiempo que tampoco sabemos de ti. Coraje, no desallezcas. Cuidate mucho.

Este muchacho no recibió su carta en el frente. Jamás leerá las dulces lágrimas de su madre. Este muchacho está perdido entre las tierras de la meseta. Es inútil seguir escribiéndole. Quizá le encuentre siguiendo el rastro de polvo de las tropas imperiales.

El señor Cabalza bajó al semisótano y notó mi desconcierto. Me habló en la hora de la pausa de la barbarie que hubo entre familias, amores cercenados a media noche al corte de una mariposa, pueblos abatidos y expoliados, crucifijos usados como leña por soldados ateridos. Me habló de niños huérfanos de presente, carreteras pestilentes con el sol secando el burbujeo de la sangre, la amenaza de no saber pasar página al desconsuelo, la resistencia de quienes salvan la memoria de un hermano que cayó. Mi estupor avanzaba. En el país vecino sólo se oían voces de tanques victoriosos que entraban en las plazas. Rostros impecables bajo banderas de patria liberada. Y la entrada masiva de un pueblo caracol, cargando a hombros su miseria. El señor Cabalza secó su frente de fresca sandía y llevando sus grandes manos a mis hombros: "Ahora, hijo, atento, lo importante es recuperar los objetos de valor que hemos perdido".

La capital todavía olía a polvo. La ciudad es una ruina con civiles marcados a ojeras y galaxias de muerte girando en sus ojos. Desde el alba hasta el atardecer viajan como hormigas en el tranvía, cruzan la calle, buscan trabajo, inclinan sus sombreros, tosen. Marchan a los puestos las mujeres, y regresan con cestas cargadas de aire para comer; sacan al balcón las sábanas, quizá jirones, limpias. Y llega la noche, y echan cuentas para vivir, y destapan la olla de sopa humeante, y van a la cama llorando la miseria que no reclamaron, y apagan las velas para soñar.

Pronto entendí que en el semisótano hacía la función de notario de objetos para el Ministerio. De allí entraría en la sólida estructura del Estado. Con mis años y un trabajo oficial, tendría bandera blanca para pedir la mano de una joven, casi a cualquiera. Aún no la conozco. Llegará, sin esperarlo, en alguna verbena popular, cuando la noche se cierra y la banda municipal pasa a las lentas, ella se acercará a pedirme bailar, pondrá un clavel en mi solapa, para matar el aire entre sus labios y mi boca.

Esa semana empecé a romper los paquetes más grandes. Poco o ningún valor para los mapas añorados del Ministerio. Retratos de familia, en blanco y negro, con gruesas facciones de hambre y una dedicatoria trasera: "A nuestro hijo Samuel, héroe y tesoro de su familia. Cuidate mucho. Mamá"; o la foto de un aguerrido soldado con un arma hasta las cejas, para escribirles con dificultad en el reverso: "¡Nuestra línea resiste! Pronto volveremos a vernos.

Desde la Novena Compañía. Cabo primera Tarrido. J. T. A.". A los padres de Tarrido no se les encontró en su residencia.

La mayoría de los paquetes traían en su interior un colgante de la Virgen de la Hoz o un daguerrotipo minúsculo con la imagen de una novia de amapola, o golosinas parecidas. El señor Cabalza mostró su contento por los amuletos que iba entregando. Otros paquetes llevaban pañuelos bordados o un pulóver o galletas, destrozadas, horneadas con avellanas, riquísimas, o un libreto cosido por el lomo del poeta Hernández -que no conocía-. Me pareció curioso. El libro quedó en mi poder.

Abandonado, detrás de las sacas, encontré un sobre americano azul, alargado como una libélula. Dos letras, T. Q., en un corazón, coronaban el remite. Forcé el sobre con mecánica destreza. Esa carta me llevó varias noches de desvelo:

Querido Mario: anoche soñé contigo. Ibas muy elegante y tenías una voz... Soñé que estábamos cerca de la cala. Paseábamos como desde hace tiempo que no hacemos. ¡Sabes qué grande era la luna? Me cogiste con tus brazos. Tus ojos reflejaban el mar. Me dejé abrazar en tu pecho. Mario, estabas a mi lado... Mi madre entró de golpe en el cuarto. Descorrió las cortinas y desapareciste. Desde esta mañana todo me llena de nostalgia. He bajado a la cala de regreso del mercado. Cada vez hay menos pescadores. Ninguno sospechaba que anoche tú y yo estábamos sobre la línea del mar. Todos tienen el cansancio y la muerte en las redes, en los rostros. La tierra está empeñada con la lucha. Tampoco la mar nos trae frutos. El padre de Manuel piensa en vendernos su barca y marcharse a la frontera.

Ya queda poco para que vengas. Supón que todo se soluciona. Que podremos coger una barca y salir a otro país. La mar será buena con nosotros. Quiero que sepas que los arreglos que he ido haciendo para la señora Ordóñez servirán para empezar de nuevo. Lejos, Mario, lejos de aquí. Mamá te envía las galletas, pero te llegarán rotas, como siempre. Piensa en mí. Yo pienso en ti. Ya queda menos para que vuelvas. T. Q. Atentamente.

Las horas de ocio en la pensión eran ratas coleando por mis vísceras. Bajé con la luz de otoño al parque. La ciudad atardecía. Pocas señoras solas. Caballeros con divisa almidonada paseando a princesas, agarradas del brazo, que reían ocultando la boca, y en los ojos un sueño. Una procesión de carros llevando canastos, armarios de luna arañado, mantas. Vi asomada a un carro una gitana hermosa como el aire. Se fue alejando lentamente. ¿Y si ahora yo encontrara a la mía? La tomaría de la mano. Tras el paseo, buscando ardillas que dar de comer, tomé un descanso en una café de la calle Elvira.

Abrí el libreto del poeta Hernández. Distraído, me asaltó el camarero. Sifón, por favor, y una ensaimada glasé. El libro venía dedicado en la página tres: *No cesará este rayo que me habita el corazón. Amor, te quiero. P. B. V.*

La mente se perdió en un sueño. Ojalá tuviera alguien que así me escribiera. Pasé las páginas y paré al azar: *¿Recuerdas aquel cuello...*, sí, siempre lo he imaginado; *continué, ...haces memoria de aquel cuello que era almenadamente blanco y bello...* El poeta Hernández conoció el mismo cuello de mis fabulaciones: largo, terso, blanco y bello. Pareciera que sabía el inicio de mi amada. *Recuerdo y no recuerdo... y recuerdo aquel beso sin apoyo que quedó entre mi boca y el camino...* Indudablemente el poeta Hernández la conoció.

Me vino de pensar en las mil mujeres a las que amé con sólo una mirada, a las que puse cuello, cara e historia junto a mis brazos. Poco a poco se fueron alejando o yo las vi pasar. Cobarde y rígido amante. He visto incansablemente su rostro silueteado por el cerco de una gotera y en la onda de círculos que una piedra dibujó sobre un estanque. Las he visto en cada esquina, en una estación de trenes, por el centro paseando, distraída en el tranvía, en las noches de humo y alcohol. Siempre me llegó oportuna la afonía. Mi boca, una cueva de palabras tullidas. Y ellas cortaban el aire alejándose para siempre. A veces cayó un *beso sin apoyo*, ya muerto, *entre mi boca y su camino*.

Extraño es desnudar los sueños en un cafetín, como a una margarita. El poeta Hernández habló de las montañas cuando yo quería escalar, habló de los océanos cuando yo buscaba una isla, habló de la tormenta cuando yo era una gota buscando caer en un pecho. Y todavía más. Leí con asombro: *Toda la creación busca pareja...*, *apuré de un trago el sifón, ...se persiguen los picos y los huesos, hacen la vida par todas las cosas*. Volví a la pensión mascando los versos, despellejando la soledad aquella noche.

Pasó una semana, apareció de nuevo entre las sacas un sobre americano azul, alargado como una libélula. Era para el soldado Mario. La remitía un escueto corazón con las iniciales T. Q. en su interior. Pensé en tirarla. Esa carta me quemaba las yemas. Era una carta de amor, de una amante al corazón de las líneas del frente, donde nadie ya la esperaba. No era de interés para el Ministerio, pero abultaba algo rígido en su interior, quizá un dibujo: un corazón gigante sobre tablilla para el soldado Mario. La abrí:

Querido Mario: sin darme cuenta he llegado de nuevo al martes. Tengo grandes nuevas para ti, pero todavía no puedes saberlas. He estado preparando una ilusión. Cada domingo leo las noticias del Semanario Obrero que tu hermano Sute nos pasa en la huerta. Estáis resistiendo en el cerco más difícil de traspasar. Ojalá quede poco para que vuelvas. Los marineros de San Juan os esperan con impaciencia en las faenas. Dicen que sus brazos ya dejaron de ser fuertes. Y os apoyan. Los niños también os apoyan. Un anciano de San Juan dice que hará una cena en la cala para bienveniros.

El alcalde sigue obligando a tus padres a vender. Don Alberto ha vuelto a pasarse por tu casa, y a tu madre ya no le alcanza más dinero con qué pagar. He oído que baja por las tardes a Villasés y vuelve de noche entrada. Dice Valentín que está ayudando a tirar la edición del Semanario Obrero, pero que no debe saberse, por tu padre. Mario, he estado releendo tus últimas cartas. Esta semana aún no me ha llegado la tuya. La espero impaciente. Te mando más galletas, las he horneado yo, y una foto de cuando en la feria nos retrató aquel fotógrafo ambulante. Así me tienes cerca. ¿Recuerdas cuánta historia en aquella noche? Piensa en mí. Yo pienso en ti. Cuidate mucho, Mario. T. Q.

Atentamente.

Abrí a pedazos el sobre y tuve la foto entre mis palmas. Ella era preciosa. Una morena, con tez de luna. El cabello ondulado hasta el pecho; con una sonrisa enorme que miraba al fotógrafo; sus ojos, a Mario. De fondo unas barcas luciendo de noche sobre el mar. Mario sale oscuro. Se ve que era joven. Yo le miro, y le veo la sonrisa que quedó en la oscuridad. La foto no la tendrá el Ministerio. La foto es la historia de Mario y de T. Q. La usaré de marcapáginas en el libro del poeta Hernández.

Una mañana el señor Cabalza bajó al semisótano con el registro epistolar de la semana. Sus ojos tienen vida como dos canicas chinas, siempre sonrientes. Hablaba de cuando de joven era imbatible en los saques de esquina, y sus ojos veían entonces el campo de juego. Y ahí el portero, y allá *mis* delanteros. Nadie paró lo que yo entregaba al delantero Rivas. ¡Qué te voy a contar ahora! Diecinueve jornadas invictos. Éramos, imagínate, los Puente-goleadores. ¡Había afición! Los del banquillo irrumpían en el campo tras un gol, ¡para abrazarnos! Llegamos a la cuarta de honor. Si no fuera porque el General se levantó en armas, ya estábamos disputando el trofeo. Ahí... ¡yo tenía futuro, amigo! Sus ojos eran la pantalla de un cinema andante.

El señor Cabalza reparó en el libro del poeta Hernández, junto al gabán. Cerró los párpados y me abriéndolos me miró. "Hijo, ten más cuidado en lo que haces. Los del Ministerio pueden venir a inspeccionar. No pueden ver que en mis dependencias se leen libros así. El poeta Hernández, dicen, ha estado luchando en el frente contra los nacionales; dicen que lee sus versos en las líneas de combate. Mira, hijo, pon más atención." Lo metió dentro del bolsillo del gabán. Antes de subir las escaleras, miró hacia atrás y sonrió. Desapareció.

Dos días después me dijeron que el Ministerio ya estaba remodelado. Pensé en la historia de Mario y T. Q. Pobre preciosa, que escribe al viento, para un ataúd. Debo saber de dónde salen sus cartas. No da remite; sólo un escueto T. Q. como grandes iniciales bordadas a tinta. En su distrito no fechan con matasellos de origen. Pueden salir de cualquier oficina de la costa. Sólo sé un pueblo: Villasés, al que a veces baja la madre para imprimir un

semanario clandestino. Pregunté; me dijeron que el Semanario Obrero ya había desaparecido. Y con él mi esperanza. Espero que en la próxima me dé alguna pista. Volveré a releerlas con detenimiento.

El señor Cabalza bajó con el aura de bigote de centrocampista. Llegó más joven que pudiera jamás haber pensado. Gritó un buenos días y buscó mi mirada. "¡Hijo, ya reabren el Ministerio! En tres días dejamos este nido de hormigas. Ahora llamo a mi señora y me la llevo a comer fuera. ¡Que ella elija; hoy nada importa!" Me golpeó el costado como un toro embiste la muleta. Y subió silbando a paso ligero el himno de los Puente-goleadores Club de Fútbol, hasta perderse el eco por la húmeda sala.

Con un minuto me contagió su vida, me transmitió un chorro de júbilo por ascender a la segunda planta. El sueño, mi destino, ya llegaba. Pero ahora yo no podía partir. Debía saber de T. Q. Pediría una prórroga administrativa. A veces las conceden. Uno o dos meses más hasta encontrar quizá cartas anteriores para Mario.

Pasada una semana, cuando el señor Cabalza ya abandonó las dependencias, y el trabajo era la fiebre incesante por hurgar entre las sacas, me golpeaba la incertidumbre. Debía saber del estado de Mario, encontrar una pista, buscar en los hospitales militares, entre las actas de caídos. Mario no podía haber muerto. Quizá escapó de la locura y se encuentra de regreso o recibiendo ya la cena de bienvenida en la cala de San Juan, junto a T. Q. Pasé a buscar a mi antiguo superior al Ministerio. Abiertos, entre su cabeza de sandía, brillaron sus ojos al abrazarme. Entramos en el café de la calle General Quesola. "¡Ponnos dos vasos de buen coñá, colmaditos, que hoy tengo visita!"

No podía delatar el compromiso que me unió a un soldado llamado Mario, ni la desazón por las cartas enamoradas de T. Q., tampoco el horror de un incierto paradero. Distraídamente pregunté. Me respondió clavando los ojos en el techo: "Hijo, qué más quisiera yo saber dónde residen los que ya no residen. Si tuviéramos respuesta tú no estarías allí, y las cartas muertas serían sólo una mala pesadilla". Dejó su vaso en la barra: "Ya sabes que habitualmente se guardan en el depósito un tiempo estimado, esperando alguna reclamación. Hemos llegado a tener, mira, bastidores de óleo, grandes, embalados; pero de estos tarde o temprano aparece el propietario. Los depósitos quedan debajo de ti, en el sótano. ¡Todo el sótano para el depósito! Pero las cartas muertas vienen del frente. Si el destinatario abandona la compañía, una comisión de sargentos las retiene, como una prueba más para el consejo de guerra. De allí sólo se devuelven por defunción en las líneas. No hay más. Sus pertenencias van al depósito militar; y las cartas a nosotros".

Volvió a tomar el vaso, golpeando los cubitos a medio camino entre el hielo y el agua. Atendiendo a mi silencio cabizbajo, continuó: "Mira, hijo, no le des más vueltas. No tengas reparos. Todas las sacas que te llegan son correspondencia de soldados muertos hace pocos días en un fuego cruzado entre las líneas". Aquí me vino la foto en blanco y negro de Mario, oscura, clavada en mi nuez. "No te preocupes; nadie vendrá a pedirte por qué no has salvado unas cartas de la quema. Son todas nuestras." Y se llevó la mano abierta al corazón, queriendo decir "del Ministerio".

El señor Cabalza tomó algunas más. Mi primer vaso quedó aguado y de color impreciso, como mi esperanza, sobre la barra del café. Siguió contando con ojos de niño las delicias de las lámparas de araña, "todas con piedrecitas de estas brillantes: talladas, yo creo que a mano. Y sobre la mesa teng...". Luego pasó a darme golpes de amigo en el pecho, "porque no sabes lo que te estás perdiendo. Los primeros días son los mejores. ¿Conociste a Poveda, el del reparto Urgente? Tenemos los dos una porra... ¡para saber la talla de las secretarías! Locos vamos a estar cuando al Ministerio lleguen las mujeres. Me ha confesado Ruadero que los cafés que preparaba su secretaria eran Dios sab...".

Regresé a la pensión. No pasé por el parque. No miré el escaparate de la librería Machado. No silbé en las escaleras. No hablé con la patrona. Mario había muerto hace unos días, quizá semanas. Si la muerte fuera un parche... Me acordé de T. Q. y del vacío en que vivía, un océano de recuerdos que la arropa por las noches. Mario murió en un fuego cruzado de mortero, de una fría bayoneta enemiga, limpiando un fusil... echando un pulso a la realidad, en cualquier caso. ¿Dónde tienen su sitio los que vieron de frente el rostro a la muerte? Mario duerme, descompuesto su cuerpo cara al sol, o enterrado en un foso con boletos para el olvido... Cualquier ciudad amanece tras la noche, amanecen los ciudadanos de camino al trabajo. Amanecen las barcas faenando mar adentro. Amanece Mario, imposible amante, como flor machacada, sin presente, sin mañana.

Pasé la noche entera en vela, pensando. Cada vez que los párpados caían del peso aparecía de golpe Mario cogido de la mano de T. Q. paseando por el parque Progreso. Ella le agarraba fuertemente del brazo, como una colegiala. Era una buena mañana de mayo, quizá junio. El sol dañaba los ojos de Mario. T. Q. le besaba a cada paso en el cuello, en los labios, en los ojos. Mario iba erguido y pálido, vestido con divisa negra y guantes blancos. T. Q. le acariciaba el rostro. De sobresalto me despertaba confundido. Ocurrió varias veces. Otra vez, cuando los ojos se entornaban, y la luna era un botón de plata, Mario surgía de la nada, paseando por el parque, de paisano, entre la luz y la sombra de los árboles. Se tumbaba a la sombra de un castaño, bajo el cielo abierto, y T. Q. se asomaba a mirarle, le acariciaba con un trébol el semblante duro de miliciano, le recorría con besos el pecho, los brazos. Pero

Mario ya no reaccionaba, Mario se hundía en la tierra, en mucha tierra, en muerto convertido, se iba, poco a poco, en un instante regenerativo de la hierba. Mario desapareció. T. Q. golpeaba de rabia la tierra.

Con el chico de las sacas, a la mañana siguiente -mis ojos eran dos lunas de insomnio-, llegó un nuevo sobre americano, azul, alargado como una libélula. ¡Era ella que regresaba! Para ella Mario seguía vivo. Venía el destinatario con rasgos suaves de pluma, cosida cada letra como una errante nube. El sobre brillaba, latía por dentro. Despacio lo rasgué por un lado. Saqué la carta. Abrí la llamada de auxilio.

Querido Mario: aún no es martes, pero todavía no sé de ti. No me impaciente, pero por las noches empiezo a pensar cosas horribles. Me parece que he perdido algo, y no sé qué es. Pienso mucho en ti. Se me agitan los pulsos cuando cantan al alba los gallos. Y me despierto. Puede que mañana, o quizá esta misma mañana, me llegue tu carta. Y todo pase. Piensa en mí, yo pienso en ti. Cuídate mucho. T. Q. Te abrazo fuertemente.

P. S. Los geranios han dado flor. Te mando un tallo, para que lo plantes donde vayas.

Pobre mía, ya le invade como un hormiguero la verdad. Debo encontrarla y ofrecerle mi hombro, o mi brazo, o mi aliento. Triste esperanza este amor, que le envía geranios para un viaje por la muerte. Amor constante como quilates de noche. Los surcos del engaño aguantan los fuertes cimientos de la espera. Su llama respira poco aire. Su carta ha sido breve, como si fuera acaso su última despedida.

Terminé el libreto del poeta Hernández. Si él estaba en el frente, corría una suerte análoga a la del resto de soldados. El número de muertes colapsaba las sacas pálidas del semisótano. Quizá tuviera alguna para él... Tener de cerca el vaho de la muerte acaba empañando la mirada. Pero leídas, las cartas muertas son un hervidero de agonía, de sangre aún caliente, de sueños con los ojos abiertos, enterrados. Canta la desesperanza.

He violado cartas muertas en su entrada al cementerio, de nada ha servido. Sus palabras no traerán de vuelta a sus gentes. Mi boca enferma cuando pienso en tantas cartas como vidas destrozadas. Escriben a nadie, desesperadamente. Se han perdido las tumbas de los hijos; han robado las semillas a las viudas. Se han clavado sus promesas en el fondo de la tierra. Del fondo germinarán. Las promesas algún día florecerán amapolas, para alojar la gota del rocío, para la noche de una mariposa, para pintar encendido otro nuevo amanecer.

Por las mañanas ordenaba, leía, separaba, amontonaba, moría esperando. Abrí un paquete, una caja estrecha como tantas de madera, con un corazón lleno de carmín y dos iniciales dentro: T. Q. Silbé una canción, levanté los brazos, tiré a patadas el resto de las cartas, sonreía, volví a

contemplar el corazón. T. Q. había vuelto: me pesaba el dolor de saber lo que ella ignoraba, pero estaba feliz por tenerla otra vez cerca. Fue una visita deseada que no llama a la puerta. En el interior encontré un sobre americano azul, alargado como una libélula -gracias- más un pequeño cofre de hojalata. Mojando mis yemas, rasgué delicadamente:

Querido Mario: Hace dos días llegó una carta tuya, pero era antigua. Y me has alegrado. Han volado todos los fantasmas de la tristeza. Ahora lo veo. Los del Servicio Postal habrán tenido problemas con las mercancías. He oído que las líneas han sido cortadas. Bueno, yo te escribiré, por si te llega antes. Esta vez no hay galletas, que hay un paquete más pequeño. Ábrelo. Es la ilusión que te he ido preparando estas semanas. Tu hermano Sute me ha llevado dos veces a la ciudad. Mario, ya no aguanto más, y quiero que la tengas, y que me abracés a tu vuelta. Te doy mi alianza. Sé que tú aún no tienes, no importa. Si te fijas dentro lleva marcadas mis iniciales. Ahora ya me perteneces, Mario, por siempre.

Cuando regreses haremos una cena, quizá mejor que la de San Juan, y nos despediremos de todos, Mario. Nos iremos a empezar una nueva vida, lejos de la amargura. Tú con mi alianza; la mía no hace falta, no importa. Por ahora tu alianza serán tus brazos fuertes que siempre me abracen como un sueño por la noche.

Esta semana no han llegado las noticias del Semanario Obrero, pero sé que estáis muy cerca, te siento en cada mediodía, en cada atardecer. Tu mirada está presente en las palomas, en los serenos amaneceres. Y, ¿qué tiempo llevamos sin venos? Casi un año, Mario. En pocos días darás razón a mi esperanza.

Cuídate mucho. Sigue pensando en mí; yo sigo pensando en ti.

Te abrazo estrechamente. Te quiero.

Cómo explicar el vacío, las dos lágrimas, la congoja, el nudo, el precipicio... Mis manos seguían temblando. Apreté en mi puño el pequeño cofre de hojalata. Ya no hubo más cartas. Mario no pudo ver el anillo. Guardé el cofre en mi gabán. Pedí la renuncia en las dependencias del Servicio Postal y rápidamente incorporarme al Ministerio.

Mi ciclo en el semisótano había concluido. Luego ejercí en la segunda planta, en mi despacho, con máquina de escribir, perchero y mesa propia, pocos años. Las cartas muertas siguieron llegando, como un goteo nervioso de paquetes de difuntos, baratijas y galletas en pedazos de alguna madre. El señor Cabalza trabajó conmigo, y estuvo a mi mando. Mi cargo en el semisótano sólo ayudó a los del Ministerio a vender colgantes y galletas muertas en la puerta de una iglesia. Nada más. No hubo mapas, no hubo planos ni señas sobre los últimos gruesos de resistencia. Sólo madres, hermanas, amantes buscando una respuesta, dando ánimos a soldados

enterrados, o destinando alianzas al dedo de quien tal vez se corrompía ya de olvido en una fosa.

Una tarde soleada bajé al parque de la plaza Progreso. Enterré el pequeño cofre de hojalata bajo la sombra de un castaño, en un agujero tan hondo como una ausencia. La historia de Mario se me había metido en la garganta. A veces todavía baja y rompe el corazón. A veces taladra como la náusea la boca de mi estómago. Su confidente, su prometida, su compañera, T. Q., se habrá marchado con la barca, rasgando la mar, para cumplir su sueño. Habrá zarpado en la noche abierta, hacia las costas vecinas, con los ojos bañados de estrellas. Habrá encontrado a Mario, mar adentro, entre la bruma y la nostalgia, entre la rabia y la esperanza, como un rayo de luna, acompañándola el resto del camino.

Las gotas del rocío volvieron a cubrir algunas mañanas la hierba del parque. El Ministerio quedaba en la otra orilla del centro. No entraba el parque Progreso en mi camino a la pensión. Volveré tal vez algún domingo de madrugada a ver nacer la gota del rocío. Volveré tal vez a sentarme en el vientre de la hierba para leer poesía. Volveré tal vez a recoger flores y lanzarlas a un estanque en memoria de Mario. Volveré tal vez a recordar aún en las noches de piernas abiertas cómo será mi encuentro con ella. Y empezaré a mostrarle, cuando la encuentre, cómo vuelve nueva tras la negra noche al día la gota del rocío.